

Ayacucho: La fe, la libertad y la unidad de un pueblo

Historiador Daniel Parodi Revoredo

El siglo XVIII trajo consigo grandes cambios en el mundo de las ideas. Entonces regía el absolutismo monárquico. Trescientos años después, no se trata de criticarlo, sino de comprender las ideas en su propio tiempo y espacio, como enseña la historia intelectual. El absolutismo concentraba todos los poderes en un solo hombre, el rey. El Absolutismo implicaba también que la nobleza de sangre dividiere a los seres humanos en jerarquías muy marcadas y estas jerarquías implicaban leyes distintas para los unos y para los otros.

Con la Revolución Francesa y su lema “Libertad, igualdad y fraternidad”, el mundo comenzó a ver a los hombres con otros ojos, y los propios hombres y mujeres comenzaron a verse a si mismos con otros ojos.

El cambio había comenzado tres siglos antes, aquí, en Italia, y también aquí, en Roma, en el Vaticano, cuando los artistas del Renacimiento comprendieron que eran libres de utilizar la técnica y la ciencia que tuviesen a la mano para realizar sus grandes obras maestras, algunas de las cuales están aquí mismo, en la Universidad Gregoriana.

Pero trescientos años después había que ir más allá, había que conquistar la libertad política, había que conquistar los derechos fundamentales que fueron avanzando con el tiempo: civiles, políticos, sociales y económicos

Y fue en ese contexto que América del Sur tomó, desde 1809, en circunstancias en que Napoleón Bonaparte había invadido España, una ruta que resultaría irreversible. Entonces, sus virreinos se vieron agitados por el debate de las novedosas ideas liberales que las cortes de Cádiz difundieron por todo el Imperio Español y por el nuevo repertorio político liberal que incorporó conceptos de muy poca difusión hasta entonces como el de ciudadanía, sufragio, soberanía popular, división de los poderes del Estado y una serie de libertades, entre ellas las de imprenta y opinión. El camino que refiero es el de la libertad.

Este camino era en efecto inquebrantable, pero, al mismo tiempo, era discontinuo, irregular. España había dividido a la América Colonial en varias administraciones. La Independencia comenzó en la periferia, en los virreinos de la Nueva Granada, del Río de la Plata y en la capitanía general de Chile.

En ese contexto surgió en el virreinato del Perú, el más antiguo y poderoso de la región, una figura realista prominente, el virrey Fernando de Abascal. Debido a la invasión napoleónica de España, para Abascal ya no era posible recibir auxilios desde Europa. A pesar de todo ello, pudo él solo, con las fuerzas que mantenía bajo su mando, sostener por unos años más las posesiones americanas del Rey Fernando VII de Borbón.

Para 1818, los virreinos periféricos al poder español en América habían alcanzado la ansiada libertad, pero el centro del poder colonial, el virreinato del Perú, resistía aún y amenazaba las posiciones de las flamantes repúblicas americanas.

Por ello, José de San Martín inició, desde la Argentina, la expedición de los Andes, alta cadena montañosa que cruzó valientemente. Su primer objetivo fue independizar la capitanía general de Chile, lo que logró con el inestimable apoyo del prócer chileno Bernardo O´Higgins. Su siguiente y definitivo objetivo era liberar al Perú desembarcando en sus costas para lo cual también contó con el respaldo del flamante Estado Chileno.

Sus fuerzas desembarcaron en Paracas, Pisco, al sur de Lima, sus tropas sumaban a argentinos y chilenos. Fue así como el 28 de julio de 1821 San Martín liberó Lima, la Ciudad de los Reyes, la, por aquellos días, casi tricentenaria capital virreinal, y ese día, además, proclamó la independencia del Perú.

Sin embargo, había que batir a los españoles en la sierra, en los picos altoandinos y de esa labor se ocupó la expedición libertadora de Simón Bolívar, que vino desde la Gran Colombia (hoy Venezuela, Colombia y Ecuador) a culminar lo que San Martín había iniciado.

Dos batallas sellaron la independencia del Perú y de toda la América Española. La primera fue la Batalla de Junín del 6 de agosto de 1824, batalla que nos recuerda el antiguo ideal caballeresco medioeval del que nos habla Robert Huizinga en su clásico “El otoño de la edad media”. Los altos mandos de ambos bandos decidieron que el enfrentamiento se realice sin armas de fuego, solo con espadas y bayonetas, y así sucedió, dolorosa y honorablemente, al mismo tiempo.

La acción militar se estaba inclinando a favor del bando realista, hasta que el mayor peruano José Andrés Razuri, desobedeciendo una orden directa, embistió con su batallón de caballería de Húsares el flanco izquierdo y la retaguardia españolas, coronando así la victoria de la causa americana.

La batalla de Ayacucho, del 9 de diciembre de 1824, que hoy nos convoca, es en si misma un homenaje a la unidad de América Latina. Participaron de ella divisiones gran colombianas, peruanas, y argentinas, estas últimas acompañadas con soldados chilenos que llegaron cuatro años antes con la expedición de José de San Martín.

La victoria americana en Ayacucho fue total, a pesar de la valerosa resistencia realista liderada por el propio Virrey José de la Serna, quien fuera capturado en combate.

Antes de iniciarse el fuego, el comandante en Jefe de las fuerzas americanas, Antonio José de Sucre, se dirigió a sus tropas con las siguientes palabras:

"¡Soldados!, de los esfuerzos de hoy depende la suerte de América del Sur; otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia. ¡Soldados!: ¡Viva el Libertador! ¡Viva Bolívar, Viva el Perú!"

Quisiera conversar con ustedes sobre la discusión historiográfica que gira en torno a la independencia del Perú. Se ha dicho que los peruanos no querían su libertad y por eso tuvieron que venir dos expediciones del extranjero para obligar a su sociedad a abrazar la libertad. Esta versión carece de asidero.

Ya en 1814, en el Cusco, se formó la junta de gobierno del sur del Perú, apoyada por su análoga de Buenos Aires, pero el enérgico brazo del virrey Fernando de Abascal impidió que, en aquellas circunstancias, el Perú se separara de España diez años antes de la Independencia definitiva. Además, dicha emancipación hubiese surgido del Cusco, la capital del Imperio de los Incas y de la acción de un cacique Inca como Mateo Pumacahua. Es por eso que algunos estudiosos sugieren que si la independencia del Perú se hubiese producido en 1814, su sociedad actual sería más justa, integrada y horizontal.

Por otra parte, tan pronto como se supo del desembarco de las fuerzas de San Martín en el sur del Perú, la costa norte se rebeló y el pueblo de Trujillo lanzó un grito espontáneo de libertad en diciembre de 1820, 6 meses antes de la proclamación sanmartiniana en Lima. Y así permaneció, libre, hasta el final del proceso de emancipación. En Trujillo se organizó en primer ejército de la república del Perú que tuvo una destacada actuación en las batallas de Junín y Ayacucho. En Trujillo y en el norte en general se preparó toda la logística de la expedición libertadora de Simón Bolívar antes de emprender la campaña definitiva, en los Andes peruanos

El papel desempeñado por la Iglesia, en estas graves circunstancias, es digno de alabanza y de reflexión. El clero en el Perú estaba dividido en españoles por una parte y criollos y mestizos por la otra. Como es comprensible, la mayor parte de los primeros apoyaron a su patria, mientras que la mayoría de los restantes abrazaron la causa de la emancipación.

El respaldo de la Iglesia a la causa patriótica se produjo de diferentes maneras. Los sacerdotes de las parroquias y conventos desperdigados por todo el país alertaban a los oficiales patriotas de los movimientos de las fuerzas contrarias. Las joyas de las iglesias y capillas, excepto las esenciales para el culto, se vendieron para obtener fondos para así sostener al ejército libertador, y los púlpitos se convirtieron en potentes voceros para la difusión de las ideas emancipadoras.

En todos los casos, y sin importar el bando, los sacerdotes y monjas católicos, brindaron asistencia a los heridos, consuelo a los cansados y cristiana sepultura a los que partieron a una mejor vida luchando por una causa que creyeron justa.

Después de la independencia, los españoles se fueron, pero Dios permaneció en América y la Iglesia Católica, a lo largo del siglo XIX, fue adoptada constitucionalmente como religión oficial, encargada de tareas fundamentales como la educación y el censo de la población a través del santo sacramentos del bautismo.

He dejado un mensaje muy importante para el final de estas líneas. Era importante hace doscientos años, era importante hace cien años y es importante ahora. Me refiero a la unión de América Latina, proclamada en un principio por el héroe Simón Bolívar como una utopía necesaria y alcanzable. Bolívar pensaba, como un estadista, que sólo unidos los nuevos Estados americanos podrían desempeñar un rol importante en el concierto de las naciones del mundo.

Tan clara tenía Simón Bolívar la utopía de la Unidad Continental que en su célebre y temprana Carta de Jamaica de 6 de septiembre de 1815 exclamó:

"Es una idea grandiosa pretender formar de todo el [Nuevo Mundo](#) en una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene su origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; [...] ¡Qué bello sería que el [Istmo de Panamá](#) fuese para nosotros lo que el de [Corinto](#) para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo"

Tan clara tenía Simón Bolívar la utopía de la Unidad Continental que 2 días antes de librarse la batalla de Ayacucho, el 7 de diciembre de 1824, convocó al Congreso Anfictiónico de Panamá, llamado así, precisamente por la liga griega que le era tan cara, y por el istmo de Corinto que unía a sus doce pueblos en una confraternidad que paulatinamente trocó sus finalidades de simbólicas en una potente alianza política y de intereses.

El Congreso de Panamá se reunió en septiembre de 1826. Fueron invitados todos los países del continente, inclusive los Estados Unidos de América. Unos asistieron, otros no, pero lo cierto es que el mezquino criterio de la patria chica se impuso, y, desde entonces, hasta hoy sellamos un destino igual de pequeño, limitado en su protagonismo en el concierto de las naciones.

En la década de 1920, un político peruano llamado Víctor Raúl Haya de la Torre asumió el ideal de la unidad latinoamericana y propuso la unión política de sus países para combatir lo que entonces se denominaba "imperialismo yanqui". Otras épocas, otro lenguaje sin duda, como nos dirían los historiadores Quentin Skinner y Elías Palti, pero se trataba de enfrentar una gran potencia que en aquellos lejanos tiempos prefería el

enclave comercial a compartir el desarrollo propio con las naciones que se encontraban al sur de sus fronteras. Por aquellos días, Haya de la Torre exclamó: “Unidos todo lo podemos, separados, nada somos”

Hace apenas unas semanas, en Lima, se reunió una nueva cumbre de APEC, la Alianza Asia-Pacífico, y China inauguró un mega puerto en Chancay, en la costa norte del Perú, para vincular nuestro comercio e introducirnos a la Ruta de la Seda China. Pero la economía peruana no es lo suficientemente fuerte por sí sola.

Es por eso por lo que la utopía bolivariana de la unión continental, así se trate de una moderna alianza económica y comercial, vuelve a sonar con fuerza en tierras americanas. Es un grito que los pueblos de América Latina elevan para que lo escuchen aquellos que toman las grandes decisiones

Refiriendo a América Latina, Simón Bolívar dijo:

"Deseo más que nadie ver a la nación más grande del mundo formada en América, no tanto por su tamaño y riqueza, como por su libertad y gloria"

No quiero concluir estas palabras sin señalar que ha sido un inmenso honor para mí dirigirme a ustedes esta tarde, tanto en la Universidad Gregoriana como en el Vaticano, en esta efeméride tan especial que conmemora el Bicentenario de la independencia de América de Sur.

Muchas gracias